

LOS NARRADORES ANTE EL PÚBLICO

SEGUNDA SERIE



LOS ESCRITORES
EN BELLAS ARTES

LOS NARRADORES ANTE EL PÚBLICO

SEGUNDA SERIE



*F*ICTICIA

MÉXICO
2012

Sistema de clasificación Melvil Dewey

860.04

LC. PQ7114

Los narradores ante el público segunda serie / [Comp.] Antonio Acevedo Escobedo. – 1a ed. –

México : Instituto Nacional de Bellas Artes : Universidad Autónoma de Nuevo León : Ficticia , 2012.

294 p. : 21 cm. — Los escritores en Bellas Artes
ISBN: 978-607-6051-44-3

1. Literatura mexicana – Discursos ensayo, conferencias - Siglo XX. I. Acevedo Escobedo, Antonio, comp.

LOS NARRADORES. SEGUNDA SERIE

D.R. © Instituto Nacional de Bellas Artes

D.R. © Los autores y herederos

Segunda edición: septiembre 2012

Primera edición: México, Joaquín Mortiz (Confrontaciones), 1967

INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES

Reforma y Campo Marte s/n, Colonia Chapultepec Polanco, Del. Miguel Hidalgo
C.P. 11560, México, D.F.
www.bellasartes.gob.mx

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Padre Mier No. 909 poniente esq con Vallarta, Centro, Monterrey, Nuevo León,
México, C.P. 64000, Tel. (5281) 8329.4111/Fax: (5281) 8329-4095
e:mail: publicaciones@uanl.mx www.uanl.mx/publicaciones

FICTICIA EDITORIAL

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF
www.ficticia.com libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

Todos los derechos reservados.

ISBN (INBAL): 978-607-6051-44-3

ISBN (Ficticia Editorial): 978-607-7693-66-6

Impreso y hecho en México

CONTENIDO

PROLÓGO.....	9
INTRODUCCIÓN.....	11
RUBÉN MARÍN (10 DE JUNIO DE 1966).....	13
JOSÉ REVUELTAS (24 DE JUNIO DE 1966).....	33
EDMUNDO VALADÉS (1 DE JULIO DE 1966).....	41
GUADALUPE DUEÑAS (8 DE JULIO DE 1966).....	61
EMMA DOLUJANOFF (15 DE JULIO DE 1966).....	69
SALVADOR REYES NEVARES (22 DE JULIO DE 1966).....	81
ARMANDO AYALA ANGUIANO (29 DE JULIO DE 1966).....	101
RAQUEL BANDA FARFÁN (5 DE AGOSTO DE 1966).....	113
JORGE IBARGÜENGOITIA (12 DE AGOSTO DE 1966).....	125
ALBERTO RAMÍREZ DE AGUILAR (19 DE AGOSTO DE 1966).....	135
SALVADOR ELIZONDO (26 DE AGOSTO DE 1966).....	151
TOMÁS MOJARRO (2 DE SEPTIEMBRE DE 1966).....	167
GUSTAVO SAINZ (9 DE SEPTIEMBRE DE 1966).....	181
NOTA BIBLIOGRÁFICA.....	211

PRÓLOGO

El Instituto Nacional de Bellas Artes, la Universidad Autónoma de Nuevo León y Ficticia Editorial llevan nuevamente al público, como lo anuncia el título de los volúmenes que ahora se publican en dos tomos, una compilación de dos ciclos de conferencias convocadas en 1965 y 1966 por Antonio Acevedo Escobedo, en ese entonces director del Departamento de Literatura del INBA.

La reedición de *Los narradores ante el público* se ofrece íntegra tanto en los textos presentados por cada uno de los escritores —en algunos casos, los audios que se conservan en la Coordinación Nacional de Literatura difieren del texto entregado a imprenta— como en la edición que en su momento hizo el mismo Acevedo Escobedo en cada uno de los títulos: su visión es suficientemente amplia como para conservar la percepción atemporal de los autores y, siguiendo su criterio editorial, al final se agrega una breve semblanza de cada uno de ellos.

A 47 años de haber sido presentadas, esta compilación nos permite acceder al momento en el que comenzaba a gestarse el trabajo de parte de algunos de los autores invitados, cuya obra hoy día es amplia, diversa y reconocida por las instituciones del país y, en algunos casos, en el extranjero.

El lector conocerá la visión primigenia de los escritores respecto a sus búsquedas, propuestas, teorías, críticas, proyectos y obra publicada: algunos ya con una carrera literaria claramente reconocida o a medio camino de construcción, y otros dándose a conocer en antologías, revistas y suplementos culturales.

En cualquier caso, la lectura de ambos títulos responde a las inquietudes de las más variadas tendencias en la literatura mexicana a lo largo de casi todo el siglo xx.

INTRODUCCIÓN

Las trece conferencias de este volumen, unidas a las veinte del anterior, integran la totalidad del ciclo “Los narradores ante el público” que tuvo lugar en la Sala Manuel M. Ponce del Instituto Nacional de Bellas Artes, durante los años 1965 y 1966.

Organizadas por Antonio Acevedo Escobedo, jefe del Departamento de Literatura, las dos series de “Los narradores ante el público” modificaron la relación tradicional entre el lector y el escritor en nuestro medio, ampliaron la audiencia que lee y sigue, discute y admira a los escritores mexicanos.

Entre Rubén Marín (1910) y Gustavo Sainz (1940) aparecen en este libro dos estilos, dos épocas al fin complementarias más que opuestas. Porque ahora ya no puede hablarse de “corrientes” ni “escuelas” sino de obras, caminos individuales. Todo canon y toda regla se han nulificado, incluso la preceptiva de romper con las reglas. Así, la única característica común de estos trece novelistas y cuentistas es la honestidad y la sinceridad esenciales con que cada uno se ha enfrentado al lector. Todos trabajan para construir una literatura independiente, un lenguaje que sea expresión y testimonio de nuestros días.

En estas páginas coexisten el ensayo teórico, la autobiografía, el relato, la evocación, la autocrítica, la seriedad, el

humor, el academismo, la vanguardia, la humildad, el orgullo, el respeto, la irreverencia, la afición, la profesionalización, la voluntad de escribir y el temor a ser juzgados. Todo ello refleja la riqueza de un momento sin precedente en las letras mexicanas, la diversidad de una vida cultural cada vez más polémica y más fértil.

RUBÉN MARÍN

Dura tarea esa de hablar de uno mismo porque hay muchas asechanzas que tienden a burlar el equilibrio del ánimo y la claridad del juicio. Nada tan azaroso como ser a un mismo tiempo cada quien juez y parte, es decir actor y testigo, porque muy ardua ocupación es la de observarse y asaz equívoca la de juzgarse.

Por una parte se puede incurrir en exceso y dejarse resbalar por el sabroso declive que disimula defectos mediante el simple arbitrio de obsequiarnos con una indulgencia y una tolerancia que solemos regatear a los demás. Se puede caer en demasía de vanidad, pecado éste tan común como impune, hacerse alguno razón de espectáculo y sonar la tambora del reclamo y la extravagancia para granjearse el aplauso, la admiración o siquiera la mirada de los demás, debilidad ésta tan humana como ingenua.

Por otro lado, y en el otro extremo del peligro, se puede afectar una modestia que por hechiza y fingida es desagradable como todo lo que suena a hueco. El riesgo de esta postura consiste en que, por soslayar con estudio y maña méritos reales con intención de hacerlos así ver mejor, se pueden equivocar las proporciones y venir a dar en futesas o nimiedades que a nadie importan.

Así pues, coger la línea que va por el filo de la navaja del justo medio es empresa de la que no muchos pueden ufanarse de salir bien librados, pues a poco que se pierda el crítico camino caerá en falta lo mismo quien exagere el diti-rambo para sí como el que economice los términos razonables de la verdad que en justicia le corresponden.

Así y todo, me parece muy de aplaudirse este esfuerzo, de suyo imparcial y desinteresado, de llamar a capítulo a los escritores y ponerlos, y exponerlos, al alcance físico del público en general. El buen éxito de este empeño, ya revelado en su primer ciclo, me afinca en la creencia de que ha venido a satisfacer cierto apetito cultural a todas luces saludable.

Porque nada tan saludable para un país como su cultura y como el deseo del público de gustarla. Nada tan satisfactorio como que esta convocación provenga de la voz oficial, y que sean las más altas autoridades las muñidoras de ella, porque ese origen enaltece a todos, de arriba abajo, así a los genitores de la idea como a los que, desde las butacas, se prometen paladearla. Todo esto, si no me engaño, es cultura. Porque México se está trabajando su propia cultura, y sin mengua de haber bebido, y de beber aún, en linfas extrañas pero proficuas y sabías, modela trabajosamente y sin descanso los perfiles propios de su cultura adulta. Pero la cultura es plantita frágil y endeble que pide cuidado y devoción al par, y el hecho de que tanto autoridades como público adunen curiosidad, aliento y fe para impulsarla, es cosa que en verdad estimula y place.

Aquí se trata de concertar al público y a sus escritores, pero no de manera mediata, al través de libros, sino directamente y sin esa opacidad que encubre al autor detrás de lo que escribe.

Se trata de poner al escritor al ojo y al oído del público sin más reparo que la distancia de unos metros de aire, y el hecho de que haya curiosidad por conocerlo de carne y hueso, al

alcance de los sentidos, y fuera de su escondrijo o de sus capillas o de sus topineras, es cosa que a todos dignifica, y mayormente a quienes discurrieron norabuena los coloquios.

Se trata de acercar al escritor, en persona, al pueblo, a una escogida representación del pueblo, que tan es pueblo el casimir como el huarache, para que le cuente algo de lo suyo propio e íntimo de tejas abajo, de piel adentro.

Algo de los trabajos de la gestación personal, del entalle de su estilo, de los sudores de la procreación, de sus defectos predilectos, de lo que busca y no encuentra, de lo que teme y rehúye. Algo, en suma, de la parte de adentro del escritor, del escritor como acontecimiento humano. Esto tiene, sin duda, sus peligros, y aún llego a temer que más valiera conocer a quien escribe por sus escritos sólo, es decir por sus efectos, pues suele suceder que sea mejor el escritor como tal que como hombre. Al cabo ya está dicho que “por sus frutos los conocerás”. Me viene a la memoria una vieja anécdota de Amado Nervo que relata ya no sé en qué parte.

Había concebido el entonces joven bardo, en París, gran admiración por la obra de un escritor griego que había trasladado su tienda de los olivares helénicos a las riberas del Sena y que respondía al dificultoso apellido de Papadiamantopoulos, aunque debe decirse en su descargo que renegó de él y lo cambió después por el ahora bien conocido de Jean Moréas.

Halló con muchos trabajos Nervo la oportunidad de entrevistar a Papadiamantopoulos para darse el regalo de conocer al autor de tan acabada literatura, y se topó con un hombre pedante y engreído cuya impertinencia no sólo hizo pésimo estómago a nuestro poeta sino que le oscureció de un golpe la admiración.

Hay muchas cosas que fundan su embrujo en la lejanía. La curiosidad se castiga con el desencanto. Quizá al escritor

debiéramos conocerlo mejor en su obra que en su persona, puesto que el ser o el parecer en este caso, resultan secundarios al hacer. Hay quienes opinan que el escritor no tiene nada que decir, sino mucho que escribir, y que lo que se ha de decir de él es tarea de los demás, y no suya propia, dictamen tan apodíctico que a mí, que no he podido ser nunca extremista en nada, me parece falso por lo mismo que radical.

Como el movimiento se demuestra andando, el interés que ha demostrado el público de estas pláticas por escuchar a los autores como personas, es decir, en divorcio de sus personajes, comprueba que el escritor sí tiene algo que decir y el público algo que escuchar, y tal vez saborear. Autocrítica en suma. O más diría yo: vivisección.

Sentado lo anterior, debo decir antes que nada, en esta confesión a voces, que me turba el encontrarme ante ustedes, y ello en fuerza de razones muy principales, y es la primera el verme inaugurando este segundo ciclo de pláticas sólo a favor de la muy discutible y en todo caso poco apetecible razón de edad. Y aún me sentiría yo tentado de cambiar la precedencia del primer lugar, por el último, si me fuese posible permutar treinta años con el más joven. Sin embargo, no me arredra la edad porque soy de los que creen que el aprendizaje de ser hombre requiere muchos años, y no hay más Universidad que la de la vida, y el título lo expide la muerte con franquía para vivir de veras después.

Pero más que lo anterior, y aclarado que el hacerse de años no involucra mérito alguno, puesto que es cosa de costumbre, de la mala costumbre de vivir, mucho me embarga el sentirme colocado entre un grupo de escritores, que seguramente sí lo son, cuando yo tengo al respecto muchas dudas sobre mí, y muy graves.

Desde luego yo sería en todo caso un escritor adventicio y a ratos, esos ratos que son precariamente del descanso

que regatea una ocupación tan celosa y excluyente como es el ejercicio de la medicina.

Anton Chejov, que era médico y enfermo —murió tuberculoso— gustaba decir que la medicina era su esposa y la literatura su amante. No podía desprenderse de ninguna y se encontraba muy a gusto compartiendo su corazón entre los términos de esa cautivadora, y dominadora, bigamia espiritual.

El maridaje entre la medicina y la literatura no es del todo excepcional, antes bien podría decirse que se ve con frecuencia, y el hecho, ciertamente, no carece de interés. Hay muchas razones que, a mi juicio, lo explican, pero no son de este momento.

Un tropel de nombres se me viene a la cabeza. Rabelais, Schiller, John Keats, Anton Chejov, Georges Duhamel, Eugenio Sue, Axel Munthe, Sommerset Maugham, Conan Doyle, Cronin, y de España Pío Baroja, Gregorio Marañón, Palacio Valdés, y de México Mariano Azuela y Enrique González Martínez, y conste que cito a la buena de Dios y sin forzar la memoria.

Todos los dichos fueron médicos y algunos ejercieron hasta el último momento con la pluma en la mano para firmar un relato, un soneto o una receta. Ello me sirva de exculpación, que algo se gana arrimando a las figuras proceras la insignificancia de uno.

Pero quiero insistir en que no soy un escritor profesional, y si bien se mira ni siquiera un escritor a secas, y estoy seguro que esta aseveración cuenta con el respaldo de mucha gente. Claro que no ignoro que en nuestro país los escritores profesionales se contarán, si acaso, con los dedos de la mano. Muy pocos serán quienes tengan la fortuna de que su obra se cotice de modo de darles sustento, sea porque la producción de muchos no es cotizabile, o sea porque, siendo

de veras valiosa, no hay quien la estime. Así, nuestros escritores no viven de escribir sino de no escribir.

Porque hay que revivir aquella alternante y penosa duda de si no tenemos escritores porque no hay lectores, lo que permite invertir los términos para volver a dudar sobre si no hay lectores porque no tenemos escritores. Mientras se resuelve tan incómodo y deprimente acertijo, yo diría que la verdad es que ni tenemos suficientes lectores ni tenemos escritores en bastante número y tamaño, y no atino a entender cómo o cuándo se resolverá tal insolencia.

Sí creo, y disfruto con seguridad y con tristeza esta creencia, que tenemos proporcionalmente más escritores que los condignos lectores. Quiero decir que tenemos una buena mano de escritores aceptables, o al menos tolerables, pero sin clientela. Quiero decir, que los lectores potenciales, los que debieran serlo pero que no lo son, desertan de los libros y los ignora, y esto descorazona y amedrenta al escritor, que clama en un desierto de espaldas. No importa: soy de los que creen que lo mejor que tiene nuestra patria es el porvenir y que todo se va haciendo poco a poco, y entre tantas cosas los lectores.

No he podido hacer aún cultura, y no la hemos hecho en gran parte, lo tengo para mí, porque ya aceptamos la proscripción del esfuerzo, ésa que exige el tiempo de ahora, a favor de la inania y la comodidad. La masa moderna, la masa de aquí y de todas partes, innoble, ruda y amorfa, pide el hartazgo de su pitanza con el menor esfuerzo posible, de modo de no tener nada que hacer sino de recibirlo todo hecho, así la menestra física como el almodrote espiritual.

A gritos por doquier se pide mayor salario pero menos trabajo, más poltronería y menor impulso, más seguridad y menos responsabilidad, más estéril satisfacción con el mínimo posible riesgo. En suma, la masa pide apacentarse

«LOS NARRADORES ANTE EL PÚBLICO. SEGUNDA SERIE»

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN OCTUBRE DE 2012
EN LOS TALLERES DE SERNA IMPRESOS S.A. DE C.V.
VALLARTA NO. 343 SUR, CENTRO MONTERREY, N.L.,
C.P. 64000, MÉXICO. TEL: (81) 8343-8468; 8343-8444
EL TIRAJE FUE DE 1500 EJEMPLARES.